

**VALENCIA, Ángel y FERNÁNDEZ-LLEBREZ, Fernando (eds.),**  
*La Teoría Política frente a los problemas del siglo XXI*, Universidad de Granada, Granada, 2004, 246 pp.

Vivimos en un mundo complejo y en mudanza, entendemos con dificultad el presente y nos resulta aún más difícil atisbar el futuro. Además, el intento por comprender el mundo de hoy nos sitúa ante una labor de pensamiento volcada en encrucijada, esto es, en el punto donde el sendero bifurca a un lado los viejos conceptos, del otro las nuevas circunstancias. Como ha escrito Peter Sloterdijk, «el diagnosticador debe empezar hoy más que nunca por confesar que no sabemos cómo nos sucede lo que nos sucede»<sup>1</sup>. Con todo, la perplejidad no es motivo suficiente para inhibir la necesidad e incluso el deber intelectual de repensar este presente complejo. Y ciertamente la reflexión sobre el presente y el futuro de la política contemporánea es uno de los escenarios donde resulta posible percibir con mayor y más intensa problematicidad esa tensión y dilema entre las viejas ideas y los desafíos impuestos desde nuevos procesos de cambio social.

Un conjunto de temas definen la política contemporánea de concreta actualidad; entre otros, significativamente, la globalización, la inmigración, la revolución tecnológica o el medio ambiente. Todos ellos actúan en clave de modificación y transformación sobre algunas de las viejas ideas que venían sirviendo de soporte a la comprensión del mundo político moderno: ideas como Estado-nación o ciudadanía y, en general, incluso la propia idea Democracia. Junto a los concurrentes procesos de cambio social que a su razón han tenido lugar en torno a ellas desde las postrimerías del siglo xx hasta hoy, otra serie de acontecimientos han repercutido asimismo de un modo claramente relevante en la prospectiva del devenir político; fue el caso, por ejemplo, de la reubicación de marcadores ideológicos tras caída del Muro de Berlín o, en calendario más reciente, la redimensionación en *global* del fenómeno terrorista como una, entre otras, de las más destacables consecuencias deducidas del 11-S. Resulta, pues, evidente que a partir de estas nuevas coordenadas han surgido también nuevos panoramas donde se hace preciso un replanteamiento teórico (y pragmático) de las cuestiones, conceptos y tradiciones que habían identificado el pensamiento de la *teoría política contemporánea*. Es ocasión ya indemorable *repensar la política desde una teoría afectada por los nuevos problemas*. El asunto, por lo demás, trasciende el mero debate académico; la naturaleza del reto en la acuciante búsqueda, y prioridad en el hallazgo, de soluciones políticas idóneas no permite apelar a remedios preelaborados por la ingeniería social y la construcción política, sino que demanda una reflexión novedosa sobre un modelo de sociedad en la que la incertidumbre y la contingencia, el riesgo y la incapacidad política de controlar y predecir el cambio social se han convertido en rasgos caracterizadores de la política de nuestro tiempo.

Sí, por tanto, *repensar la política hoy* tiene como presupuesto reconocer y asumir esta tensión entre la tradición y la novedad, el libro que aquí reseño me parece ciertamente un instrumento epistemológico y analítico útil y valioso. La hipótesis de trabajo ha sido formulada con agudeza y claridad y, en conjunto, también el equilibrio entre teoría y diagnóstico interpretativo de los

<sup>1</sup> SLOTERDIJK, Peter, *Eurotaísmo. Aportaciones a la crítica de la cinética política*, Seix Barral, Barcelona, 2001, p. 23.

dilemas políticos de nuestra época se ha resuelto asimismo con precisión y sin renuncias por los editores; de lo último, hace prueba el enfoque no tanto sistemático como sobre todo *sintomático*; de lo primero, el convencimiento de que no basta ya sólo con identificar cuáles sean los conflictos fundamentales presentes en nuestras sociedades, sino expresar la conciencia de que en su resolución han de producirse cambios estructurales, transformaciones sociales y políticas, con la consiguiente repercusión en cambios sobre y para el comportamiento del ciudadano (p. 10). Así pues, en perspectiva concretamente metodológica, uno de los enfoques tal vez interesantes de la obra ha sido el cuidar por establecer y presentar una imbricación plausible entre la teoría y la práctica políticas, entre la definición del nuevo espacio político y la orientación de las soluciones políticas que el porvenir político (y hasta el propio porvenir de la Política) ha de expresar. La entera estructura de la obra y a lo largo de los capítulos que la desgranar muestra en efecto una consciente tensión (no abstenida o eludida, y tampoco ignorada, como es lo habitual) entre la *teorización de la política* y la *politización de la teoría*. Ese rasgo de intensidad irruptiva-disruptiva es responsable principal en nivelar y reunir, como auténtico *punto arquimédico* y de costura, la diversidad de autores y temas a la centralidad del eje epistemológico; virtud no siempre universalmente predicable en los trabajos colectivos. Hechas estas puntualizaciones, abordaré a continuación el comentario de las diversas contribuciones que lo integran, agrupándolas en cinco partes bien diferenciadas.

La primera aglutinaría fundamentalmente una interpretación sobre cómo enmarcar lo que hoy entendamos por la *teoría política*. El telón de fondo es a ese respecto la contradicción que late entre la misma formulación de la teoría política y su aspiración a reflexionar acerca de una realidad política irreducible a la teoría. Es, en definitiva, el problema de la recíproca y compleja relación entre teoría y política. Ramón Máiz («La Teoría Política en su contexto», pp. 17-26) y Ramón Vargas-Machuca («El momento kantiano en la filosofía política contemporánea», pp. 26-51) explorando temáticas diferentes convergen en las similares conclusiones. Parte el uno de la contradicción entre *teorización de la política* y *politización de la teoría* y analiza el espectacular retorno de la filosofía política, principalmente por mano de Rawls, como proyecto desde el que afrontar y superar la decadencia del behaviorismo; se ocupa el otro del sesgo neokantiano producido en la filosofía política contemporánea con Rawls y a través también de su interlocutor natural, Habermas. La piedra de toque es, en ambos casos, el examen crítico de una especie de elusión de la teoría política, en cuanto tendencia a desconectar, o al menos a perder gran parte de su vinculación explícita, con la política misma. Paradójicamente, pese a ser indudable que Rawls haya provocado un renacimiento de la teoría política, su normativismo neokantiano constituye el principal riesgo de su viabilidad observando el grado, e índole, en que tan a menudo quedan desatendidos (si no desentendidos) los límites que a la teorización impone la compleja realidad de la política y los problemas inherentes al conflicto o al poder. Una reflexión que cierra para el total de la obra en el escrito epilógico de Jorge Riezu («Epílogo: Permanencia y cambios de la Teoría Política», pp. 237-243) reivindicando una concepción flexible y abierta de la actual teoría política.

La segunda parte tendría como punto común de referencia dos conocidos desafíos contemporáneos a nuestro modelo democrático inspirado en la tradición liberal, el multiculturalismo y la dimensión y alcance identitario, examinados en sus distintos perfiles de definición con base al contexto suscitado

por la idea de globalización. La aportación de Fernando Vallespín («Ética global y multiculturalismo», pp. 53-70) propone acertadamente a la Democracia como el factor conexivo entre el particularismo cultural y la necesaria universalidad de un *set* de valores, sin cuya participación global resultará difícil lograr a su vez la deseada articulación política de la globalización. Es por ello que la propuesta de una ética global de vocación universal topa con la postulación que el multiculturalismo hace de la diferencia; la ambivalencia del multiculturalismo es un reflejo de la ambivalencia del proceso de mundialización. El trabajo de Rafael Del Águila («El multiculturalismo: problemas y tensiones», pp. 71-84) también incide en este rasgo del multiculturalismo y, en especial, sobre los problemas que más directamente conciernen al estatuto del liberalismo democrático y a su esquema institucional. Sostiene posible y hacedera una articulación política del multiculturalismo organizada en la construcción de espacios de compromiso entre los tres ejes –liberalismo, culturalismo y democracia– capaces de solventar las situaciones de disconformidad, desacuerdo potencial o colisión originadas por las reivindicaciones del multiculturalismo. Finalmente, la disputa por la identidad forma el núcleo central del análisis de Fernando Fernández-Llébrez («Identidad, género y sexualidad. Retos inclusivos para la teoría democrática», pp. 85-108), indagando algunos de los problemas que plantean la integración de las identidades minoritarias en el orden liberal, en particular, alrededor de las políticas de género y sus deficiencias, éstas generalmente causadas por una endeble aptitud para la comprensión o por la insuficiente disposición a aceptar la transversalidad y ductilidad de las identidades mismas.

Una tercera parte, que abarcaría el conjunto más numeroso de estudios, vendría a unificarlos con relación al papel del Estado-nación y sus transformaciones bajo el signo que la globalización está marcándoles. La interrogante central es si el modelo Estado-nación es la forma política del presente y para el futuro o bien, por el contrario, asistiremos a su recomposición y a una notoria disminución de su centralidad en el universo político. De esta guisa, el capítulo a cargo de Antonio Fernández-Navarro («Identidades y conflictos políticos», pp. 109-124) articula un análisis de la conflictiva relación entre socialismo y nacionalismo –asunto últimamente, habrá que señalar, de no demasiada recurrencia en la literatura académica–, en tanto el que ha quedado a cargo de Santiago Delgado Fernández («La globalización y el Estado: una aproximación al pretendido debilitamiento de la fórmula estatal», pp. 125-144) se interesa por uno de los temas sin embargo más candentes en los debates de la teoría política contemporánea; esto es, hasta qué punto del impacto de la globalización efectivamente se trae un desfallecimiento del Estado-nación. En el plano de las respuestas resulta ilustrativo el análisis de Miquel Caminal («Nacionalismo liberal, federalismo pluralista y Estados plurinacionales. Algunos argumentos en torno al diálogo entre el federalismo pluralista y el nacionalismo liberal», pp. 145-167). En él se explora cuál pueda de ser la forma política de las sociedades democráticas plurinacionales sustitutoria de las dinámicas nacionalistas, concentrando la posible vía en la fórmula de un *federalismo pluralista* concebido tanto como una teoría normativa alternativa al nacionalismo en lo referente a la organización territorial del Estado, como igualmente una opción organizativa políticamente factible en la arquitectura del sistema democrático. En esto, parece que los editores han asumido algo más que una elección puramente inventarial de la discusión teórica.

La penúltima parte de la obra condensaría facetas de debate menos canónicas que las anteriores, y en parte todavía noveles, pero que en la teoría política actual ciertamente están introduciéndose con fuerza y cobrando una significancia real. Es el caso de los estudios que firman Antonio Robles Egea y Ángel Valencia Sainz («Incertidumbre y miedo en la sociedad del riesgo global», y «Teoría política y ecologismo», resp. pp. 167-180 y 181-200), ambos en razonable conexión, al menos si acogemos como improntas representativas de nuestro actual modelo político-social las de *sociedad del riesgo* y creciente *dimensión ecológica de la política*. En el primero de estos trabajos Robles sopesa, con visión de conjunto de los ítems elegidos, la capacidad de una democracia cosmopolita para, actuando en razón a principios de solidaridad y cooperación global, producir la atenuación de desigualdades, ensanchar la estrechez de horizontes del Estado-nación y, al cabo, optar seriamente a su superación. En cuanto al de Valencia, que persiste en la línea de investigación sobre *teoría política verde* donde ya acumula desarrollos múltiples, construye un balance sobre la revisión de la democracia liberal y la posibilidad de conexión y entendimiento con el ecologismo según se deduce de la paulatina reorientación de las posiciones de acción más radical hacia una vertebración política diferenciada pero concurrente con el sistema.

Cabe aun aislar una parte final y temáticamente distinguible de las precedentes. Es la que da cierre a la obra y nos ofrece dos estudios peculiares, que raramente suelen hallar cabida en obras de tipo semejante. Por un lado, el Tomás Moreno («De la utopía al milenarismo», pp. 201-210), evidenciando en lo que presenta como la tentación del *milenarismo contemporáneo* —mezcla de oscurantismo, integrismo e irracionalismo apocalíptico— una falsa alternativa al desencanto histórico de las utopías totalizantes, con más sentido orientable en una recuperación del utopismo ilustrado. Y, por otro, el de Ramón Cotarelo, quien desde una sugestiva interdisciplinariedad («Política y literatura: ¿Quién es Ayn Rand?», pp. 211-236) aprovecha de la singular biografía y producción de esta autora para poner de relieve las relaciones entre sociedad, política y literatura, además de evaluar la influencia ciertamente ejercida por aquélla sobre la sociedad norteamericana, mejorando así nuestro conocimiento de toda una época y modelo político.

Decir, para terminar este repaso necesariamente sintético a los contenidos, que en su lectura la obra cumple con mérito contagiar del dinamismo intelectual que muchas de sus interrogantes y posibles soluciones imprimen a los problemas políticos de nuestro azaroso presente y contingente porvenir, arriesgando nuevas combinaciones del alfabeto teórico-político —en realidad, un nuevo lenguaje— cuya pronunciación entre nosotros ha venido siendo hasta ahora más bien inusual y por lo común desoída.

José CALVO GONZÁLEZ  
Universidad de Málaga